



Vinagre y rosas (Joaquín Sabina, 2009)

Un Sabina más sereno, sobrio y elegante

Crecí con la música de Joaquín Sabina como banda sonora de mi vida. Sus canciones, con sus letras cargadas de ironía, poesía y verdad, siempre me han acompañado en los años 90 y ahora, evocando recuerdos y emociones de mi juventud. Aunque reconozco que no siempre comparto todas las opiniones de su autor, ni comprendo del todo algunas de sus posturas, la fuerza de su arte trasciende cualquier diferencia. Sabina, con su voz inconfundible cascada y su manera única de narrar la vida, ha sido capaz de crear un universo propio en el que muchos, como yo, hemos encontrado poesía e inspiración. Cada vez que escucho sus canciones, vuelvo a sentirme parte de esa época en la que la música era mucho más: si podías comprar un cassette y lo escuchabas infinitas veces. Para mí, era una forma de entender el mundo, de soñar y de rebelarse. Por eso, analizar una canción como “Virgen de la Amargura”, dentro del contexto del disco *Vinagre y rosas*, es también un ejercicio de memoria y de reconocimiento hacia un artista que, a pesar de las diferencias, siempre logra conmoverme y hacerme viajar a aquellos años en los que todo parecía posible.

Vinagre y rosas fue publicado después de un periodo complicado para Joaquín Sabina, marcado por problemas de salud que incluyeron una enfermedad importante. En años posteriores, Sabina enfrentó nuevos desafíos, como el ictus que sufrió en 2019, lo que le obligó a pasar por un proceso de recuperación y rehabilitación. Desde entonces, ha seguido activo en la música, aunque con un ritmo más pausado y seleccionando cuidadosamente sus apariciones públicas y conciertos. Hasta mediados de 2024, su estado de salud se considera estable dentro de las limitaciones propias de su edad.



Publicado en 2009, *Vinagre y rosas* representa uno de los trabajos más personales y maduros de Joaquín Sabina. Este álbum llegó tras un periodo de cuatro años de sequía. Tras un silencio que, lejos de ser improductivo, sirvió para que Sabina reflexionara sobre su trayectoria, su vida y el lugar que ocupa dentro de la música española. El resultado es un disco que, aunque mantiene muchos de los elementos característicos de su discografía, se siente distinto, más introspectivo y, en muchos sentidos, más auténtico. La colaboración con el poeta Benjamín Prado fue fundamental en su gestación.

El título del disco es una perfecta síntesis de la dualidad que atraviesa toda la obra de Sabina. El vinagre representa la amargura, la decepción, las heridas del pasado y las derrotas acumuladas a lo largo de los años. Las rosas, en cambio, simbolizan la belleza, la esperanza, los momentos de felicidad y la capacidad de encontrar sentido incluso en medio del dolor. Esta combinación de elementos opuestos es la que da profundidad y autenticidad al disco, y la que permite que el autor conecte con su público.

Musicalmente, el disco es una muestra de la madurez alcanzada por Sabina. La producción es sobria y elegante. Se nota un cuidado especial en los arreglos, que buscan acompañar y realzar las letras. Las guitarras acústicas y eléctricas, el piano y algunos toques de cuerda y viento aportan matices y profundidad a las canciones.

En cuanto a las letras, estamos ante uno de los puntos más fuertes del disco. Sabina siempre ha sido un maestro en el arte de contar historias y de jugar con el lenguaje, pero en *Vinagre y rosas* se percibe una mayor profundidad y una sensibilidad especial a la hora de abordar el amor y el desamor, la nostalgia por los tiempos pasados, la soledad, la búsqueda de sentido y la aceptación de las propias limitaciones, etcétera.



Canciones como "Viudita de Clicquot" o "Cristales de Bohemia" destacan por la riqueza de sus imágenes y la capacidad de Sabina para convertir lo cotidiano en poesía. En "Viudita de Clicquot", por ejemplo, se narra una historia de amor y desencanto con una elegancia y un sentido del humor que sólo Sabina puede lograr. "Cristales de Bohemia", por su parte, es una reflexión sobre el paso del tiempo y la pérdida de la inocencia, una especie de homenaje a los sueños rotos y a la belleza de la derrota.

Otro tema destacado es "Tiramisú de limón", que cuenta con la colaboración de Pereza y que aporta un toque de frescura y desenfado al disco. La canción juega con la metáfora culinaria para hablar de las relaciones amorosas y de la dificultad de encontrar el equilibrio entre el placer y el dolor, entre lo dulce y lo amargo.

En comparación con otros discos de Sabina, como *19 días y 500 noches* o *Alivio de luto*, *Vinagre y rosas* se sitúa en una línea más reflexiva y menos festiva. Si en los primeros trabajos de su autor predominaba la movida madrileña nocturna, el exceso y la rebeldía, en este álbum encontramos a un Sabina más sereno, más consciente de sus límites y más interesado en explorar las zonas grises de la existencia.

Por último, *Vinagre y rosas* invita a reflexionar sobre el papel de la música como vehículo de expresión personal y colectiva. Las canciones que integran el elepé no sólo cuentan historias individuales, sino que también reflejan las preocupaciones, los sueños y las frustraciones de toda una generación. Su capacidad para poner palabras y música a las emociones más íntimas y universales lo ha convertido en un referente indiscutible de la canción *sabinera*. Opino humildemente que *Vinagre y rosas* es un disco que merece ser escuchado y analizado con atención, tanto por su calidad artística como por las lecciones que ofrece sobre el proceso creativo, la importancia de la palabra y la necesidad



**Diputació
Barcelona**

*Xarxa de Biblioteques
Municipals*

de ser honestos en la expresión musical. Aunque no sea un trabajo perfecto ni revolucionario, es una obra sincera.

Crítica elaborada por Esther Pleguezuelos de la **Biblioteca Central de Terrassa** en el marco del proyecto Va de música.